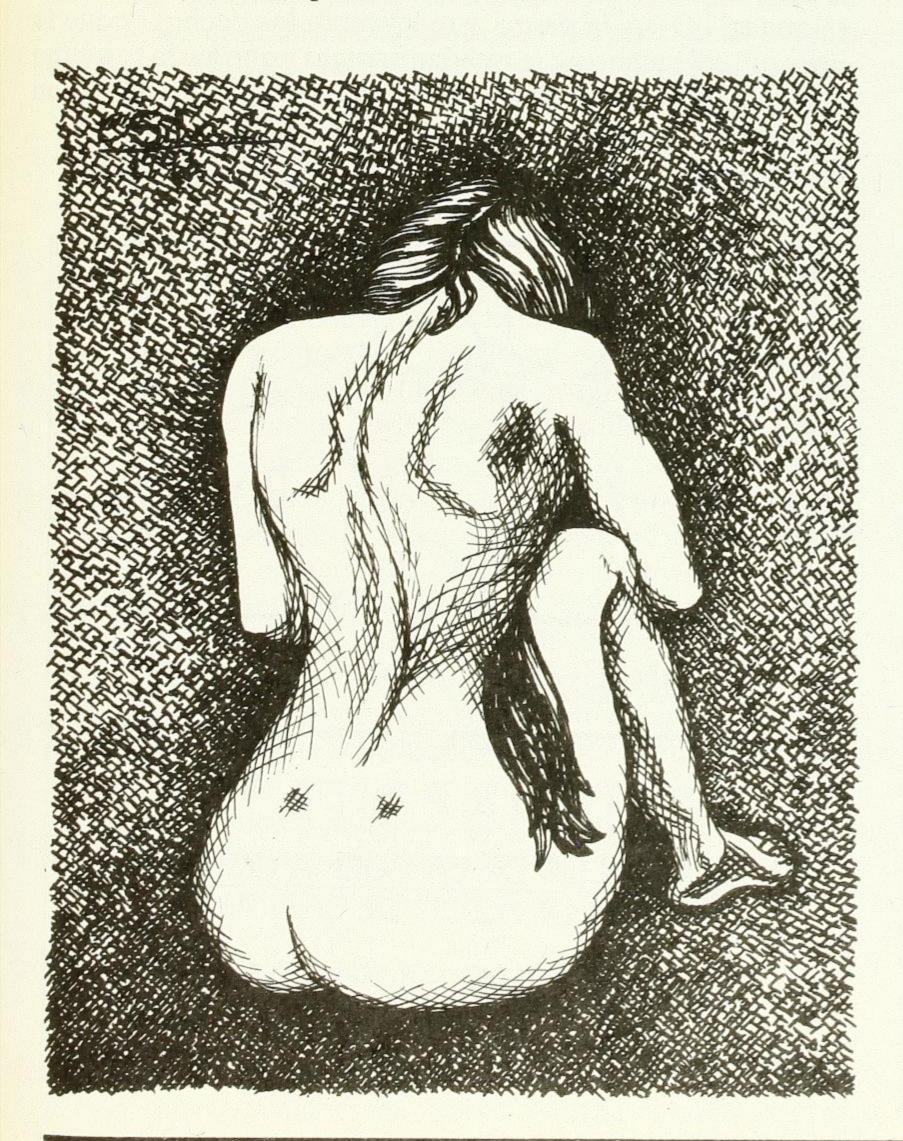
## Austrido Diario:

Marcela Guijosa

Este viajecito a Acapulco estuvo de lo más inquietante. Haciendo un rápido resumen, digamos que resultó muy bien en general: Acapulco hermosísimo, si no te fijas en los contrastes espantosos entre millonarios y paupérrimos. Pero ver esa bahía y ese mar te hacía olvidar casi todo. Y también estuvo bien en cuanto a la diversión, a la compañía, al cariño. Mis amigas, como siempre, generosas, criticonas, risueñas, malhabladas. A todo dar. Nuestros hijos, un poco aburridos con sus mamases, pero tratando de hacer lo que podían para tenernos paciencia y pasarla lo mejor posible.

Lo que me inquietó tiene que ver, primero, con un poco de culpas que me fui cargando por aquello de irme a gastar en la playa un dinerito que francamente me hace mucha falta para cosas cotidianas y más o menos urgentes en esta ciudad. Coqui y Anita me regañaban: "Todo mundo tiene derecho a unas vacaciones. No es pecado. No te azotes. Nos está saliendo



baratísimo". Y medio les creí y medio se me quitó la preocupación.

La otra desazón tiene que ver más bien conmigo. Conmigo y con mi cuerpo y con mi aspecto y con mi autoimagen. Porque ya sabes: en la playa el asunto es de poca ropa. En las vacaciones la rutina es estarte encuerando para ponerte el traje de baño, quitártelo; untarte cremas, volverte a vestir. Es estar viendo tu cuerpo desnudo muy frecuentemente. Y, por supuesto, el cuerpo casi desnudo de los otros.

Estar recostada en un camastro a la orilla de la alberca, o en una silla debajo de una palapa en la playa, o de plano en la arena. Estar de ociosa, porque por más libros que te lleves, nunca te puedes poner a leer del todo concentrada. Estar, sin querer, cuando tu vista no está como hipnotizada en el mar, analizando minuciosamente tu piel, tus uñas, tus pequeños o grandes granitos. Rascarte. Pellizcarte. Estar en contacto, a pleno día, con un cuerpo que la ropa de la ciudad, el regaderazo a la carrera y el frío de Contreras no te permiten ver con cuidado.

El caso es que cómo he engordado. Ya lo sabía, por aquello de que algunas de mis viejas prendas de vestir no me quedan. Pero no es lo mismo que verte en traje de baño. Seis días. Cada pasada por un espejo era una terrible sorpresa. Ya ni te digo lo que fue ver las fotos, rápidamente reveladas por Coqui. No es que esté obesa, pero ya no soy la misma. No había tenido esta panza desde que estaba embarazada; yo había logrado conservar más o menos la misma figura desde los doce hasta los cuarenta y dos años. Yo siempre me había visto más o menos aceptable en traje de baño. Y de repente, qué distinto: no sólo estoy panzona, sino chichona. Esa es más novedad todavía. La cintura bastante perdida. Y los muslos, y la incipiente pero notabilísima celulitis. Como que ya no soy yo.

Este mi paulatino engordar ha venido siendo acompañado de todo el rollo dizque feminista y lleno de autoestima: No importa, asume tu panza, quiérete, acéptate. Después de tres partos y veinte años más tarde no puedes tener cuerpito de soltera. No eres un puro cuerpo lindo, no eres un objeto sexual, no le des gusto a las modas, etcétera etcétera. Yo creía que ya, pero no. Acapulco me dijo que no. Resumiendo, mi propia estética me hacía rechazarme.

Y luego, el otro problema: Los pelos.

Yo siempre de los siempre, desde que tuve quince años, me rasuré las piernas. (Y por supuesto, las axilas). No se si será cierto que con la rasurada te crecen más, en cantidad y en grosor; yo desde chica he tenido las piernas igual de peludas que cualquier varón cejijunto y barbicerrado de ascendencia española. Y siempre me ha causado un cierto



desasosiego ese aspecto masculino de mis extremidades (Eso, sin hablar de los bigotes y las barbas cuidadosmente arrancados con mis pincitas). Con años de trabajo psicoanalítico y/o feminista creo que lo superé. Lo superé, pero al mismo

tiempo me seguía rasurando.

Eso significa una hora en el baño; no una navaja nueva, sino dos o tres; algunas cortadas e irritaciones inevitables; granos y pelos enterrados una semana después, sobre todo en la línea del bikini que le dicen, más extensa de lo normal, porque a mi el vello púbico me llega a medio muslo, como bermudas. Y significa afeitada casi diaria, porque al otro día ya estoy propiamente como chayote.

En mi vida cotidiana en México la solución que adopté es andar siempre de pantalones o de faldas larguísimas. ¿Pero

en la playa?

Esta vez dije: viva la liberación y a la chingada con los pelos. Así soy y así me voy a manifestar. Basta de esclavitudes. Consulté con mis amigas, con mis hijos, y finalmente me dieron el permiso de no rasurarme. Y estuve ocho días en público y a pleno sol con mis piernas de futbolista. Las axilas si me las afieté; ahí sí no pude.

Fue una sensación extraña. Desde la untada de los bronceadores, qué diferente en las piernas lisitas que en aquel matorral. Y luego, estármelas viendo. Por un lado pensaba: lo logré, qué maravilla. Me sentía feliz, admirando mi fortaleza interior. Pero no creas que mis piernas me gustaban mucho. Me gustaban más cómo se veían las de Coqui, las de Anita, las de Mariana. Por otra parte, no noté nada del otro mundo en las miradas de los otros. Nadie se me quedaba viendo ni decía mira qué horror, qué mujer tan peludísima.

Pero en última instancia, el problema soy yo y mis propios juicios. No dejé de pensar en la cera depiladora, aunque duela tantísimo. No me acabé de acostumbrar a mi nueva imagen, a pesar de mis viejas lecturas y escrituras sobre los modelos de belleza femeninos y masculinos. Mi estética más íntima es la de todo mundo: qué bonitos los cuerpos femeninos esbeltos, jóvenes, tersos. Como estatuas griegas. Qué bien se ven los

zapatos, las faldas, los shorts de mujer con piernas de mujer: es decir, depiladas. Porque te pones unos huarachitos muy coquetos o unos tacones y como que desentonan con lo masculino de tus pantorrillas velludas. Tendrías que usar

zapatos de hombre, o qué.

Y yo que admiro tanto a esas mujeres feministas tan libres, que no se pintan jamás ni las uñas ni la cara ni el pelo ni nada. Que se saben amar y lucir tal cual son. Que se cuidan, pero sin esclavizarse a las dietas o a los cosméticos. Que se atreven a ser como son, con su cara lavada, su ropa sencilla y cómoda, su belleza tan natural. Yo así quisiera. Y formar parte de un movimiento de veras liberador: Que nadie se rasure las piernas. Mueran los cosméticos, muera el engaño. Que nadie se pinte las uñas. Que no esté tan satanizada la gordura ni tan bendecidos los aerobics. Que podamos apreciar todas las formas de cuerpos, femeninos y masculinos. Que nos pareciéramos más a las mujeres indígenas, por ejemplo.

Pero por otro lado, está el fantasma del descuido, de la depresión. "Está muy dejada. Es una fodonga. Cómo se ha descuidado". Y entonces yo no me pinto y no sé si estoy buscando y encontrando la libertad o la fodonguez. Si soy una mujer segura de mí misma o una pobre gorda deprimida y menopáusica. Si debo trabajar psicológicamente para aceptarme tal cual estoy, madurita, jamoncita, y comprarme una talla más, y dejarme de sufrir, o bien matarme con ejercicios

y dietas y cremas y tratamientos.

Aunque pensándolo bien, lo más rápido y fácil es ahorrar una lana, irme a hacer la depilación definitiva, y luego unos masajes reductivos, o mejor unas cirugías plásticas: dicen que te quitan TODA la panza, y te levantan los pechos, y que te inyecten colágeno y no te quedan arrugas y que hasta te quitan las bolsas bajo los ojos y que te vuelves a ver joven y bella, con la imagen que tenías hace tantos años...

